D Í G I T O S
Revista de Comunicación Digital

Elogio del papel. Contra el colonialismo digital

Roberto Casati
Barcelona: Ariel, 2015
223 páginas.



Manuel de la Fuente
Manuel.delafuente@uv.es
Universitat de València

La irrupción de las nuevas tecnologías en el cambio de siglo ha comportado una serie de efectos, en gran parte conocidos por todos, que afectan a diversos ámbitos. Así, no sólo se han redefinido industrias (como las culturales) y oficios (como la profesión periodística), sino que se ha llegado al punto de plantear la necesidad de incorporar las herramientas tecnológicas digitales en el sector educativo y en los procesos de participación política. La digitalización es socialmente percibida como un aspecto positivo *per se*, donde las crisis de estas industrias y sectores no serían más que la antesala de un cambio de paradigma que acabará por ofrecer más libertad de acción a los ciudadanos.

Ésta es una de las ideas principales que combate Roberto Casati en su libro *Elogio del papel*, traducción de su volumen publicado en 2013 con un contundente título que en la edición española se ha dejado como subtítulo: *Contro il colonialismo digitale*. Se trata de una obra que pone en común algunos de los escritos y presentaciones en los que Casati ha ido articulando sus suspicacias al respecto del mantra de la digitalización para considerar el problema de partida que detecta: la tecnología no es un fin sino un medio, por lo que el debate no debería ser a favor o en contra de la digitalización sino en los usos de esa digitalización. Esto es, los efectos tecnológicos que casi todo el mundo conoce no son los únicos y necesitan un debate sobre los efectos soterrados y más perniciosos. Según afirma al principio del libro el autor: "El colonialismo digital es una ideología que se resume en un principio muy simple, un condicional: 'Si puedes, debes'. Si es posible hacer que una cosa o una actividad migren al ámbito digital, entonces *debe* migrar" (pág. 19).

La asunción de este axioma oculta una perversa dominación política que pretende vaciar el valor de la cultura, porque los usos tecnológicos no son naturales ni inocentes. Casati señala una paradoja de partida: estos usos tecnológicos que nos prometían una mayor libertad y acceso a la información han entrado a rivalizar con el proceso de lectura, que requiere de una atención especial para la reflexión. "La lectura está amenazada: nos la roban. A veces incluso nos la prohíben", dice Casati (pág. 16), un proceso que va en beneficio de la adquisición de información cuyo único valor es la

inmediatez. No somos ya lectores sino "informávoros" (pág. 17), urgidos por la necesidad social de estar constantemente conectados a toda la información que podamos recibir del mayor número de fuentes posible.

Dado que el debate no radica entre filias y fobias a la tecnología sino en el cuestionamiento de los usos ("[…] no es a lo digital ni a las nuevas tecnologías a lo que me opongo. Me opongo al colonialismo digital", pág. 20), el autor se dedica en su obra a analizar los usos principales para advertir que todo depende de los efectos. Para ello, pone dos ejemplos antagónicos, el de la fotografía y el voto. En el primer caso, la digitalización ha sido claramente beneficiosa, puesto que la fotografía digital ha supuesto un claro avance en su fin de reproducción de la imagen. Sin embargo, el voto electrónico es algo que debería desaparecer por completo ya que, según Casati, es una clara amenaza a la democracia: "El voto mediante papeleta secreta protege al elector y, con él, a toda la democracia en su conjunto" (pág. 153) porque tan importante es la confidencialidad del voto como que el votante sea totalmente conocedor del funcionamiento del sistema y de su confidencialidad.

Tal y como señala Casati, detrás del debate del voto electrónico se halla una serie de intereses que buscan socavar el valor de la democracia y el voto con el fin de implantar una tecnología innecesaria y que aportaría únicamente problemas. Del mismo modo, es necesario plantearse ideas asumidas como positivas como la de la "transparencia". La democracia no se basa en este concepto, sino en la representatividad de los administradores elegidos por los administrados (algo que han advertido autores como Byung-Chul Han), y son los administradores quienes han de gestionar los asuntos políticos:

> Desde luego, la participación democrática es fomentada por la posibilidad de participar en foros de discusión, de enviar mensajes a listas electorales, de publicar entras en blogs, de movilizar a la opinión pública, pero la construcción de la democracia necesita espacios de invisibilidad y olvido […] En último término, la transparencia transforma radicalmente la naturaleza de las reuniones: las convierte en un foro. Por este motivo, los *talk-show* políticos no aportan nunca grandes avances ni grandes propuestas constructivas (pág. 172).

Estas ideas también se han de reformular en el ámbito educativo. ¿Por qué es tan necesario que los alumnos cuenten en las aulas con ordenadores portátiles o tabletas que fomentan la distracción en lugar de dedicar horas a la lectura de libros? La escuela, recuerda Casati, tiene que ser un espacio de resistencia a las leyes del mercado e impermeable a las mismas. Por ello, no puede sucumbir a etiquetas falaces como la de "nativo digital" que no comporta ninguna competencia intelectual específica, ya que el manejo de máquinas no es más que una habilidad mecánica, es decir, un medio y no un fin. En definitiva, el debate de la digitalización no se debe asumir como un paraíso de ventajas indiscutible, sino como una tecnología con unos usos concretos que cabe analizar y discutir, máxime cuando detrás de éstos se encuentran grandes intereses empresariales dedicados a cantar sin cesar las excelencias de vivir en una sociedad donde los espacios de reflexión estén vigilados por los dispositivos electrónicos.